

LAS AFUERAS

JUAN BONILLA

Las ciudades de Javier Campano

Los rincones que va fotografiando Javier Campano por el mundo, su colección de ciudades, están abismados por el silencio: no hay apenas ruido en ellos, gusta de fijarse en lo que *a priori* no tiene mucho de fotogenia espectacular y, sin embargo, cuando capta detalles de una vidriera, de una estantería de botellas, del crepúsculo urbano, de alguna manera está documentando una belleza que, sin su visor, tal vez habría sido imperceptible. Fotógrafo de voz baja, de susurros,

*Fotógrafo de voz baja,
de susurros, inventa
una ciudad unánime
hecha de muchas otras*

de elegancia discreta, va inventando una ciudad unánime hecha de fragmentos de muchas ciudades distintas y distinguidas, algunas muy prestigiadas por otros fotógrafos -caso de Buenos Aires, tan excepcionalmente detenida en las instantáneas de Horacio Coppola- o su propia ciudad, Madrid.

La exposición del Reina Sofía, cuyo comisario es su máximo valedor, Juan Manuel Bonet, se acompaña de un excepcional catálogo, *Hotel Mediodía*, con textos esclarecedores del comisario y de Horacio Fer-

nández. Este hace una interesante excursión al concepto de fotografía documental, en el que acaba comprendiendo a Javier Campano, pues a fin de cuentas sus fotografías son testimonios, si bien más que de un cronista periodístico lo son de un escritor de diarios.

En efecto, como páginas de un diario minucioso y ajeno a las estridencias -tan propias, por otra parte, de mucha fotografía documental, que, en su ambición por sustituir al mundo, acaba ingresando sin timidez en la más aprovechada de las mentiras-, podemos pasearnos por la ciudad hecha de fragmentos de otras ciudades que ha ido irguiendo, en tarea callada, sin alharacas, Javier Campano desde que empezara a dedicarse a la fotografía allá por los años 70.

La exposición del Museo Reina Sofía consagra, pues, a un artista cuyo nombre era conocido -y su obra saboreada- por sólo unos cuantos, y que ahora se pone al alcance del público. Sus libros, por ejemplo, eran imposibles de conseguir: los editaba una agencia de seguridad y se consagraban a ciudades portuguesas (contaré como anécdota que traté de dar con ellos e intercambié una serie de cartas surrealistas con la agencia de seguridad: para obtener los libros de Javier Campano, tenía que contratar a guardaespaldas y, la verdad,

no creo que sea tan peligroso estar en posesión de estos volúmenes).

Lo curioso, al pasear por la exposición de Javier Campano o por el catálogo editado por el propio museo, es que, si se varían los pies donde se consignan los nombres de las ciudades fotografiadas, posiblemente no nos diéramos cuenta en algunos casos del truco. Y ello porque Campano parece ir buscando en todas las ciudades ese alma de la ciudad idónea, alma que va encontrando qui-

*Sus imágenes son
testimonios no de
un cronista, sino de
un escritor de diarios*

zás en esta esquina, tal vez en aquel escaparate o en preciosos interiores que pueden estar en cualquier parte y en los que, como ya se apuntó al comienzo, suena un delicioso silencio: el silencio del tiempo triturado, el silencio de las cosas en su sitio, el silencio de un mundo que, como expresara con su potencia lírica mejor Vladimir Nabokov, es un cachorro que suplica que alguien se ponga a jugar con él.

Esa es la ciudad de Javier Campano: una ciudad en la que apetece mucho quedarse a vivir.